

OTRA MUJER
Another woman
Woody Allen, 1988

LA SOLEDAD DEL INTELECTUAL

Con *Interiores* Allen le dio la vuelta a su filmografía. Por primera vez, hacía una película sin Woody, sin humor y, lo más desconcertante, europea. Aun más, bergmaniana. Su acogida en los circuitos estadounidenses no fue para hacer sonar fanfarrias. Por eso, cuando en el décimo aniversario de aquella extravagancia Allen reincide, habrá que entender *Otra mujer* como un homenaje más que una celebración.

Varios son los rasgos compartidos por *Interiores* y *Otra mujer*. Para empezar, las dos tienen un título ambivalente: si el de *Interiores* aludía tanto a la decoración de las viviendas como a la personalidad de sus moradoras, el de *Otra mujer* puede referirse a cualquiera de las dos mujeres que la protagonista descubre, absolutamente desconocidas para ella al comienzo de la historia: la paciente de un psicólogo y ella misma.

Dos son también las películas que *Otra mujer* contiene: la que se ve por primera vez y la que se ve en veces posteriores. Esto suele ocurrir con todas las buenas historias, pero, al menos en mi caso, con ésta la diferencia fue particularmente acusada. Cuando la vi por primera vez la catalogué como absolutamente prescindible. Excepto algunos actores, no supe ver en ella nada que no estuviera en otras películas de Allen: intelectuales sin más tema de escritura que su propia vida, parejas que no practican el sexo conyugal (aunque sí el adúltero), rejillas que traicionan el secreto confidencial de un psicólogo, encuentros fortuitos en una de las ciudades más populosas del mundo, antigüedades, máquina de escribir, lluvia... En fin, lo de siempre. Con la peculiaridad, poco frecuente, pero tampoco nueva, de una adhesión explícita al cine de Bergman. En esta ocasión, la retrospectiva existencial de Marion, la protagonista, tiene mucho en común con la del profesor Borg (*Fresas salvajes*, 1957): como él, ve en sueños lo que no admite cuando está despierta, revive su infancia en el campo y se encuentra condenada a una soledad de la que busca redención en el entorno familiar. Todo esto fotografiado por Sven Nykvist, cámara habitual de Bergman, en su primera colaboración con Allen (después vendrían otras tres).

Una segunda visualización del film me permitió descubrir un análisis profundo sobre la soledad del intelectual, aderezado con varias agudezas que me habían pasado inadvertidas (¡a saber cuántas más seguiré sin apreciar!) y que comento en este resumen de la historia:

Marion, una profesora de filosofía con medio siglo a sus espaldas, solicita una excedencia para escribir un nuevo libro. Como en su casa no puede concentrarse, alquila un estudio. A través de la rejilla que comunica su estancia con la contigua le llegan voces. Son hombres y mujeres que cuentan sus angustias a un psicólogo. Las confesiones de una de las pacientes, una joven embarazada, llevan a

Marion a reflexionar sobre sí misma, empezando a sospechar que tal vez no es la mujer que siempre ha creído, que quizá sea otra mujer. Tiene el convencimiento, por ejemplo, de que ella y su hermano están muy unidos. Sin embargo, su cuñada no opina igual: “Te engañas a ti misma. En cierto modo te idolatra, pero también te odia.”

Las dudas de Marion extienden su campo a cada nueva confesión de la joven embarazada: “Últimamente he tenido extraños presentimientos respecto a mi matrimonio, como si se estuviera yendo a pique, y me lo he estado negando de mil maneras. Reconozco que hay momentos en que me pregunto si elegí bien. Ya le he dicho que en otros tiempos hubo otra persona. La última vez que le vi fue hace varios años, antes de casarme, en una fiesta.” Exactamente lo que le ocurrió a Marion con Larry.

La inesperada revelación de su cuñada lleva a Marion hasta la casa de su padre, donde vivió su infancia y pubertad. Mientras revisa las fotos contenidas en el album familiar, oímos sus comentarios, pero no vemos la quietud añeja de las fotografías, sino el ir y venir de los personajes vivos. Sabemos así que Marion recibió todo el apoyo que le era negado a su hermano, lo que podría confirmar las palabras de su cuñada. Pero también somos testigos de que esta diferencia pudo ser merecida: Marion pintaba con pincel; Paul, con brocha gorda. Gran sutileza de Allen.

De regreso a la ciudad, Marion ve a Hope, la joven embarazada, y la sigue. Para expresar el desasosiego de Marion durante la persecución, Allen hace que pierda a Hope de vista, la encuentre de nuevo, la vuelva a perder. Este juego es bastante improbable, si se tiene en cuenta que la sigue de cerca por una calle desierta. Aun más sorprendente es la desaparición de Hope, cuando su sombra se disuelve en otra sombra¹. El desconcierto de Marion dura poco, porque el azar, su gran aliado, es capaz de enfrentarla en la misma noche a Hope y a la que fue su mejor amiga, Claire, ahora actriz casada con un director de teatro, Jack. Los tres se van de copas. Pronto, la conversación se convierte en un diálogo apasionado sobre teatro entre Marion y Jack. Claire, desplazada, bebe hasta embriagarse e interrumpe bruscamente la conversación, acusando a Jack de flirtear con Marion y a ésta de querer quitarle a su marido, como ya hiciera anteriormente con su novio².

Marion es una mujer excepcional. Brillante, pero equilibrada. Hermosa, pero profunda. Involuntariamente, su contacto con la gente cambia la vida de los demás, que, fascinados, quieren hacerla suya. Y cuando comprueban que Marion es inaccesible, sentimientos mezquinos, como el despecho, los celos, la inferioridad, mudan la fascinación en distancia, resentimiento, incluso odio. Las últimas palabras de Claire al despedirse son: “Piénsalo bien, párate a pensarlo alguna vez”.

Por la mente de Marion desfilan imágenes relacionadas con los acontecimientos que está viviendo, una pantera negra enjaulada, como símbolo de la muerte, una máscara blanca, un cuadro de Klint que representa una mujer embarazada. El cuadro se llama “Esperanza”, igual que la paciente del psicólogo, Hope.

Marion visita a su hermano, comprobando que a su cuñada no le faltaba razón.

El insomnio continuado impide a Marion trabajar. Cierra los ojos y sueña: Marion se cuela en la consulta del psicólogo durante la sesión de Hope. La joven dice que está furiosa contra la vida, el universo, la crueldad, la injusticia, y que sufre por la humanidad, la enfermedad, el envejecimiento, la muerte. El psicólogo le da la pauta: Deje de preocuparse por la humanidad y arregle su propia vida. Es evidente que tanto Hope como el psicólogo son ensoñaciones de Marion, que pone en éste unas palabras terribles: "Tengo que darme prisa. Estoy intentando evitar que se mate". Marion duda de sus propias conclusiones, pero el psicólogo es tajante: "Ya ha empezado a hacerlo. No de un modo aparatoso, ése no es su estilo. Lo hace despacio y metódicamente. Y empezó cuando aún era muy joven." Incapaz de seguir por esa vía, Marion cambia de escenario. Ahora está en el teatro donde se encontró con Claire. En el escenario, Claire representa distintos episodios de la vida de Marion: Ken desoye sus requerimientos sexuales; Larry le recomienda leer un capítulo de su novela inspirado en ella; Sam, su primer marido, parece haberse suicidado por su culpa.

Esa noche, Ken vuelve a rechazar las pretensiones sexuales de Marion. Discuten agriamente. Antes de dormir, Marion recuerda cuando regaló a Sam una máscara de teatro. Ella se la puso frente al rostro y Sam la besó, no a Marion, sino a la máscara, pálida y fría.

A pesar del mal momento que atraviesan, Marion está dispuesta a comprar a Ken un regalo de aniversario. Entra en una tienda de antigüedades donde, por azar, vuelve a encontrarse con Hope. La joven llora ante una reproducción de "Esperanza", el cuadro de Klint. Marion trata de consolarla. Aprovechando su interés común por la pintura, la lleva a un bar con la intención de conocer algo de su vida. Sin embargo, es Marion quien revelará su interior a Hope. Parece arrepentida por haber abortado durante su matrimonio con Sam, su profesor de Filosofía y primer marido. Ambos se admiraban hasta que ella interrumpió su embarazo. No quería que el hijo entorpeciera su carrera intelectual. Sam, que lo deseaba, se encolerizó porque Marion no le había dado la oportunidad de convencerla para tenerlo y llegó a agredirla. Después se divorciaron y, años más tarde, él se quitó la vida combinando drogas y alcohol. Hope piensa que Marion tomó su decisión por miedo a los sentimientos que el hijo habría despertado en ella. Cree que Marion lo tiene todo, pero su vida está vacía.

En el bar, nueva casualidad, Marion sorprende una cita amorosa entre Ken y Lydia, una amiga común, también casada. Marion decide divorciarse de Ken y restablecer la relación con su hermano. También quiere conocer mejor a Hope, pero la joven ha terminado su tratamiento y el psicólogo no puede informarle de su paradero. Marion recuerda que aún no ha leído la novela de Larry, con quien tuvo un romance adúltero, breve e intenso, que fue el único momento de pasión en la vida de Marion. El idilio es descrito en uno de los capítulos. Marion se pregunta si un recuerdo es algo que se tiene o algo que se ha perdido.

Fin de la historia. Hay en las últimas secuencias un par de situaciones que quizá requieran una aclaración. Cuando Marion visita a su hermano en busca de un mayor acercamiento, él dice: "Lynn y yo nos llevamos fatal y seguimos juntos, y tú y Ken, que nunca os peleáis, vais a separaros." Y ella: "Quisiera pasar mucho más tiempo contigo y con Lynn. Me gustaría que nos conociéramos mejor." Es decir, que ambos se expresan como si el matrimonio de Paul y Lynn aún se mantuviera en pie cuando hace tiempo que Lynn comunicó a Marion su divorcio inminente: "Paul y yo vamos a divorciarnos", y la propia Marion se lo dijo a su padre: "¿Ya sabes que Paul

y Lynn van a divorciarse?” Habrá que entender que al final la ruptura no llegó a consumarse, probablemente por la estrechez económica. Poco después, cuando Marion coge la novela de Larry, dice: “Sentía curiosidad por el personaje llamado Helenka que, según rumores, estaba basado en mí.” Puede sorprender que hable de “rumores” cuando se ha visto al propio Larry decirle que se inspiró en ella para escribir ese capítulo. Pero esta declaración pudo no producirse, ya que formaba parte del sueño de Marion.

¹ A medida que avanza el relato, crece en el espectador la sensación de que Hope carece de existencia real, de que no es más que una proyección de la protagonista: su fusión con la sombra cuando Marion trata de alcanzarla en medio de la noche; su misteriosa presencia en la tienda de antigüedades frente al retrato de una embarazada; la similitud de sus vidas (el autoengaño, el amante, la maternidad); su desaparición una vez que Marion ha tomado una decisión...

² Jack, el marido de Claire, es interpretado por Jacques Levy, director teatral en la vida real, que tuvo en esta película su única aparición en la pantalla grande. Entre sus trabajos cabe recordar una versión del musical erótico *Oh! Calcutta!*, producida en Broadway en 1969. A mediados de los setenta colaboró con Dylan en varias canciones del álbum *Desire*, entre ellas *Hurricane*, *Isis* o *Joey*. En 1988 escribió las letras del musical *Fame*. Otras producciones suyas son *Marat/Sade* (1994), *Bus stop* (1997) y *Brecht on Brecht* (2000).

REPARTO

Marion Post.....	Gena Rowlands
Ken, su marido	Ian Holm
Sam, su primer marido.....	Philip Bosco
Larry, su ex amante	Gene Hackman
Su padre	John Houseman
Paul, su hermano.....	Harris Yulin
Lynn, mujer de Paul	Frances Conroy
Lydia, una amiga	Blythe Danner
Mark, marido de Lydia	Bruce Jay Friedman
Claire, amiga actriz	Sandy Dennis
Jack, marido de Claire	Jacques Levy
Kathy, ex de Ken	Betty Buckley
Laura, hija de Ken	Martha Plimpton
Scott, novio de Laura	Josh Hamilton
Tom Banks, radiólogo	Fred Sweda
Eleanor, mujer de Tom	Jill Whitaker
Clara	Mary Laslo
Marion, joven	Margaret Marx
Paul, joven	Stephen Mailer
Padre, joven	David Ogden Stiers
Claire, joven	Jennifer Lynn McComb
Hope, la joven embarazada	Mia Farrow
Psicólogo	Michael Kirby

[Transcripción comentada de la versión española](#)

[Otras películas de Woody Allen](#)